

Libros recientes de Ensayo y Ciencias Sociales

En la presente edición de “Cuenta y Razón” nuestro recorrido acerca de las novedades recientes aparecidas en el mercado editorial va a centrarse en tres apartados: La Historia, en especial la más reciente, la Política española y, en fin, el Arte. De este modo pretendemos ofrecer una panorámica lo bastante completa insistiendo, quizá, de forma especial en aquellas publicaciones que pueden haber quedado desapercibidas para el lector.

JAVIER TUSELL

Historia contemporáneas

Quizá se podría empezar por una minuciosa investigación histórica revela, sesenta años después, los últimos momentos de la contienda fratricida. Se trata de *Ángel Bahamonde, Javier Cervera, “Así terminó la guerra de España”, Madrid, Marcial Pons, 1999*, un libro del que puede decirse

que ha sido una de las escasas aportaciones originales a la conmemoración del aniversario, lo que resulta un buen testimonio de que el interés de los historiadores —o del público lector— sobre el período ha tendido a disminuir.

Aunque demasiado extenso y prolijo, este libro, a base de una importante documentación inédita, reconstruye de un modo

inteligente y minucioso un acontecimiento crucial en nuestra Historia, seis décadas después de tener lugar. Los autores, historiadores profesionales, han recurrido a archivos nacionales y extranjeros, privados y públicos, y el resultado de sus estudios permite hacer desaparecer un buen número de mitos sobre este acontecimiento. Según algunos, los comunistas habrían

pretendido en 1939, por el intermedio de Negrín, apoderarse de los resortes del Estado republicano. Además, por su parte, Francia habría estado dispuesta a intervenir en España ante la eventualidad de la una victoria de Franco, lo que obligó a éste a retrasar voluntariamente su victoria frente a las armas enemigas.

Este libro da interpretaciones distintas y bien argumentadas con las que resulta difícil discrepar. Ante todo, tanto Gran Bretaña como Francia quisieron neutralizar lo negativo que pudiera tener la victoria de Franco por procedimientos fundamentalmente diplomáticos y antes de que estallara un conflicto europeo. Esto explica que reconocieran al vencedor y que, en la fase final del conflicto, apenas presionaran a Franco para que se mostrara generoso con los vencidos. El vencedor, que nunca aceptó nada parecido a una mediación ni tampoco una limitación a las penas que quería imponer a sus adversarios, sólo mostró condescendencia con los militares republicanos que estuvieron dispuestos a sublevarse contra Negrín y los comunistas. De todos los modos la condescendencia no pasó de aceptar que pudieran huir al extranjero.

Las aportaciones más importantes de este libro radican, no obstante, en la manera de tratar la fase final de la guerra desde el punto de vista del Frente Popular. Llama

la atención lo temprano de la aparición de una disidencia — más que de una “conjura”, como muy bien se dice en el libro— destinada a oponerse a Negrín. Éste, por su parte, estuvo menos convencido de la posibilidad de la victoria de lo que dijo en público, pues su propaganda de la resistencia a ultranza frente a las tropas franquistas no parece haber estado guiada nada más que por el deseo de obtener una paz

con menos represalias de las ya imaginables. Los militares republicanos, como Rojo, estuvieron con él hasta la batalla del Ebro. Luego, todo cambió de modo decisivo: de ellos —de Casado, por ejemplo— se apoderó lo que los autores llaman, con acierto, el “síndrome del abrazo de Vergara”, es decir, la idea de que entre militares de ambos bandos sería posible entenderse y establecer una paz satisfactoria. Esos militares profesionales estuvieron dispuestos, inmediatamente después de la citada operación miliar, primero a sacrificar a los comunistas y luego a Negrín. En realidad el PCE no preparó un golpe contra los militares republicanos, sino tan sólo un plan defensivo. Por su parte, Casado se inventó, debido a razones obvias, una conjura previa de éstos que concluyó en una guerra civil dentro de la guerra civil. En gran parte de la geografía peninsular (en Valencia, sobre todo) los comunistas aceptaron a la autoridad militar republicana. El propio Negrín estuvo más pasivo y titubeante que otra cosa durante estos días inciertos. De cualquier modo esta especie de guerra civil dentro de la guerra civil les sirvió de muy poco a los vencidos. Casado y otros militares republicanos huyeron con la anuencia de Franco, pero la mayoría de los derrotados, hubieran tenido las responsabilidades que tuvieron, no lograron ninguna ventaja personal por haber tratado de

desembarazarse de los comunistas.

El libro que hemos citado puede considerarse inscrito en lo que, de forma genérica, podría designarse con el nombre de Historia profesional. También pretenden inscribirse en el mismo género el de *Carlos Blanco Escolá*, “*La incompetencia militar de Franco*”, Madrid, Alianza, 2000, y el de *Alberto Reig*, “*La memoria de la guerra civil. Los mitos de la tribu*”, Madrid, Alianza, 1999, aunque probablemente sólo el segundo merezca tal adscripción.

El sexagésimo aniversario del final de la guerra civil ha pasado, desde el punto de vista de la historiografía, sin gloria alguna. Salvo el ya citado libro de Bahamonde y Cervera acerca de la conclusión del conflicto, apenas ha habido aportaciones bibliográficas de verdadera entidad, aunque desde el punto de vista de la divulgación se haya transmitido al gran público el resumen de la amplia labor monográfica llevada a cabo acerca de la represión para cada uno de los dos bandos. Gracias al libro de colaboración coordinado por Santos Juliá hemos conseguido una panorámica global de este aspecto de nuestro pasado.

Alianza Editorial ha hecho aparecer recientemente dos libros que versan sobre esta etapa y que resultan muy diferentes en lo que respecta a

su autoría y enfoque. Carlos Blanco Escolá titula el suyo de una manera que probablemente habrá atraído a algunos lectores. No se trata de un historiador profesional, sino de un militar que ya ha publicado un libro interesante sobre la Academia de Zaragoza. La cuestión de la que trata por su trascendencia mereciera ser abordada por quien hubiera hecho aportaciones previas y

más decisivas a la Historia militar del conflicto, lo que no es su caso. En suma se trata de determinar la verdadera capacidad profesional de Franco puesta en cuestión por parte de muchos de sus generales y sus aliados (Mussolini, por ejemplo) durante la misma guerra civil. En el momento actual existe un consenso generalizado acerca de que lo que le caracterizó a Franco fue más su capacidad logística y organizadora que su audacia de concepción estratégica. Nunca abandonó, en suma, la experiencia biográfica que había tenido en el Norte de África, que le capacitaba mucho más para los pequeños combates con los indígenas que para una guerra moderna. Si venció en el conflicto fratricida fue por la superioridad de sus tropas, por la mayor abundancia de recursos proporcionada por sus aliados y por su acumulación frente a un enemigo inferior. Como se dice en las recientemente exhumadas memorias del general nacionalista Solchaga, sólo gracias a que “los rojos son peores” se explica la victoria. Pero todo eso era ya conocido y Blanco no hace otra cosa que acumular citas para ratificarlo. El libro, de este modo, resulta innecesario por más que a alguno, poco al tanto del debate historiográfico, le pueda resultar sorprendente. Hubiera sido mucho mejor estudiar una batalla concreta o hacerlo con el conjunto de las operaciones a

través de fuentes de archivo en vez de ofrecernos este libro.

Alberto Reig es un historiador profesional que incide en uno de los temas que interesan más en tiempos recientes, la Historia de la memoria o, lo que es lo mismo, el modo cambiante en que el pasado es recordado (u olvidado). Producto, sin duda, de una serie de trabajos previos, el autor aborda en este tomo alguno de los mitos creados por la contienda, como el del Alcázar, la evolución de las percepciones de la guerra en el mundo de la cultura literaria o cinematográfica, el papel de los intelectuales orgánicos o inorgánicos y, en fin, cómo ha ido cambiando la memoria de la guerra civil. Se trata de un libro interesante y, por tanto, recomendable, al que sólo cabe reprochar que resulte fragmentario (y, por tanto, no definitivo) y un tanto vehemente en la polémica con quienes ni siquiera merece la pena dedicarles tiempo pues no han estado nunca en este género de debate. Quizá hubiera sido deseable también una paralela y simultánea discusión de los mitos de ambos bandos, pues se centra más que nada en los de quienes se sublevaron.

Pero la cuestión abordada en este libro es crucial. De acuerdo con las estadísticas que ofrece Reig, la guerra civil se va olvidando, una vez que su recuerdo jugó un papel tan importante y positivo durante la transición. Como el autor

sugiere, no vendría nada mal que la democracia española emprendiera una “política de la memoria” destinada a aprender de ella y a fundamentar, desde la vertiente de los principios, el régimen político que hoy tenemos. Esta idea puede parecer banal o intrascendente a los que tan sólo piensan en el día a día de la política.

El libro de *Nicolás Sartorius y Javier Alfaya*, “*La memoria insumisa sobre la dictadura de Franco*”, Madrid, Espasa

Calpe, 1999, trata de una reflexión acerca del régimen pasado desde la óptica de la izquierda, más en concreto del partido comunista.

Líneas atrás hacíamos alusión a la importancia que tiene la memoria en la vertebración cultural de los regímenes políticos democráticos. La preocupación que ha guiado a los autores de este libro parece estar bastante extendida en ambientes de izquierda, pero resulta probable que, no obstante, resulte exagerada. De acuerdo con lo que nos dicen en las palabras iniciales de su libro, sucedería que en España no sólo amnistía una e colectiva habrían c dictadura pasivam se llevar maquilla consider más favo

La verda a la hora hacen ab no a la citan el según reciente Restaura que lo tratado período visión n que atrit el conj políticos en cuen

otros países o las bases sociales del liberalismo en España, resulta hoy insostenible. Pero, además, no hay en marcha, en absoluto, entre los historiadores, una reivindicación de la dictadura franquista, ni tan siquiera una consideración de que en su balance puedan haber aspectos positivos que contrapesen los negativos. Es más: resulta muy improbable que llegue algún día a producirse un revisionismo histórico sobre Franco dada la unanimidad en el juicio de los historiadores hasta el momento presente. La pretensión condenatoria, justificada por unos criterios políticos más que históricos, aunque a la postre ambos resulten coincidentes, acaba por conducir a los autores de este libro hacia juicios que no resultan muy correctos. Basta con citar tan sólo dos. El régimen franquista siempre fue una dictadura pero eso no quiere decir que no cambiara, sino que lo hizo y mucho; eso no es un mérito de quienes actuaran en la política del régimen, sino un hecho. Por otro lado puede comprenderse que los autores, por una muy comprensible nostalgia de su propio pasado biográfico, presenten al partido comunista como la única oposición verdaderamente actuante durante el régimen. Pero, si hay elementos para juzgar acertada esta afirmación, hay que tener en cuenta también que el PCE nunca fue una alternativa real y que Franco siempre estuvo más

preocupado por Don Juan, aunque éste a menudo estuviera en actitudes de colaboracionismo, que por “La Pasionaria”.

De cualquier modo, el libro de Alfaya y Sartorius, aunque con el sesgo de su ideología y de no ser profesionales de la Historia, es un buen resumen de la amplia labor monográfica realizada por los historiadores que ellos demuestran conocer de una forma detallada. Eso resulta reconfortante en comparación con tantos otros libros de calidad ínfima que se publican sobre Historia reciente. Lo más novedoso y original es cuanto se dice sobre la represión en la fase final del franquismo, fruto de una laboriosa investigación en archivo. No hay, en el libro, errores apreciables más allá de atribuir a Carrero Blanco una frase de Calvo Sotelo.

Algún día será necesario volver a esta política de la memoria, pero ahora se debe aludir a un problema de parecida magnitud al ya citado del que se puede decir que forma parte del debate cultural actual. Se trata de saber cómo se gestó España. *Juan Pablo Fusi, “España. La evolución de la identidad nacional”, Madrid, Temas de Hoy, 2000.*

No hace falta presentar a Juan Pablo Fusi como uno de los grandes historiadores españoles del siglo XX. En los últimos

años ha escrito dos manuales muy meditados y llenos de sugerencias. Con este libro testimonia la madurez de quien se atreve con el ensayo histórico. Trata sobre una cuestión crucial de nuestra Historia que no hace tanto tiempo fue objeto de encendida disputa periodística y que afecta a nuestra convivencia presente. La identidad nacional.

“España” parte de unas asunciones en las que todos los historiadores coincidimos: la identidad nacional permanente no existe; España es una variable europea y la Nación aparece propiamente a fines del siglo XVIII y no antes. Bastaría que eso se aceptara para que el grueso del debate acerca de España que ha tenido lugar en el año y medio pasado perdiera gran parte de su acritud política. El libro de Fusi es especialmente brillante en la glosa que hace de esa condición europea de España, lo que contribuye a despojar a nuestro pasado del tono dramático que tuvo para los ensayistas de comienzos de siglo. Otros dos capítulos —los relativos al XVIII y al XIX— resultan también muy logrados. A Fusi le corresponde el mérito de haber sido uno de los primeros en abordar estos temas en una labor monográfica previa y todos los historiadores le debemos estar agradecidos por ello.

Otros aspectos del libro son susceptibles de mayor discusión. Aunque Fusi establece el origen de la nación en el momento histórico indicado, concede un espacio desmesurado, más de la mitad del libro, a la Edad Moderna por más que resulte convincente el panorama de homogeneidad cultural que ofrece para esos siglos. Sin embargo, en esas páginas la palabra nación es utilizada en un sentido ambivalente o poco preciso, pues en ocasiones aparece como una realidad política característica del siglo XIX y en otras como una realidad cultural. Además, el caso español se asimila al de Francia y Gran Bretaña sin indicar por qué, entonces, estos tres gérmenes de naciones siguieron rumbos diversos a partir de la época moderna. Creo que al tratar de la gestación de la identidad nacional española habría que dejar más claro que ésta se vio siempre acompañada, también en los siglos XVI y XVII pero sobre todo luego, por una paralela e inequívoca conciencia de pluralidad. Sobre esto han escrito muchos historiadores (Jover, Elliott, Lluich, Riquer, Fradera, yo mismo...) y hubiera convenido discutir sus opiniones. En general creo que Fusi da, quizá, demasiada importancia a la debilidad del Estado español del XIX como elemento que explica la emergencia de los nacionalismos periféricos, cuando lo verdaderamente determinante puede haber sido

la propia heterogeneidad de lo español. Pero, con todos los inconvenientes que se quiera (incluso incidir en aspectos de sobra conocidos), éste es sin duda un libro importante que sirve de base de discusión y que quita justificación a mucho ensayismo agrio y desmelenado, poco propicio a la convivencia.

Política española

No cabe la menor duda de que la política del fin de siglo tiene un elevado componente de personalismo. En el libro de Victoria Prego, “*Presidentes.*

Veinticinco años de Historia narrada por los cuatro jefes de gobierno de la democracia”, Barcelona, Plaza y Janés, 2000, se nos ofrece una serie de autorretratos, a veces frustrantes y a veces de interés objetivo, de los presidentes de gobierno españoles a partir de la transición a base de conversaciones con la conocida periodista.

Victoria Prego es una de esas periodistas a las que debemos estar agradecidos los historiadores.
Autor de un excepcional documental sobre la transición, está bien informada

acerca de la Historia reciente, intenta la imparcialidad y sabe incitar a los personajes a los que entrevista a responder a cuestiones decisivas; además, selecciona muy bien lo más novedoso en sus respuestas. Todo este conjunto de capacidades mueven al lector a acercarse con interés a un libro como este en que una narración de los acontecimientos cruciales de cada presidencia, escrita por la periodista, se suman las espontáneas manifestaciones interpretativas de quienes la desempeñaron.

La narración siempre es correcta pero, en cambio, resulta muy cambiante la respuesta de los sucesivos presidentes de gobierno español. En el caso de Suárez —del que tan sólo se transcriben declaraciones previas— casi se puede hablar de fraude aunque la periodista haya seleccionado algunas no tan conocidas y siempre muy frescas y sugerentes. Prego, en cambio, ha hablado con Aznar pero el contenido de lo que cuenta resulta, en su mayor parte, intrascendente. También es curiosa su declaración como “revolución histórica” el hecho de que el PP pactara con los nacionalistas vascos y catalanes cuando, durante la reciente campaña electoral, tan poco cordiales parecieron sus relaciones. La respuesta más peculiar de Aznar es, sin embargo, la que hace acerca de los conflictos mediáticos: se atribuye —como si eso se lo hubiera atribuido el voto

popular— la misión de “equilibrar” el mundo de los medios de comunicación en España.

Las entrevistas más interesantes son las de Leopoldo Calvo Sotelo y la de Felipe González. El primero, ofrece un reexamen, inteligente e irónico, de la gestión gubernamental que ya abordó en sus memorias. Resulta muy interesante la sensación que se desprende de su relato de tratarse de una persona no tan apegada al poder político, así como la reflexión acerca de si debió disolver las Cortes antes o no. Las declaraciones de Felipe González figurarán entre las más abundantes en información y en espontaneidad y brillantez de toda su trayectoria política. Es cierto que elude algunas cuestiones importantes —las discrepancias con Guerra, por ejemplo— o que otras —Gal, corrupción...— aparecen menos de lo que el lector desearía, pero en cambio se expone con extensión acerca de materias tan decisivas como la política militar o la OTAN.

Al final de la lectura de este libro la sensación del lector puede ser agridulce. Resulta una buena iniciativa editorial pero sabe a poco. Victoria Prego, por las propias características del libro, se ve obligada a la condescendencia y sus protagonistas no aparecen por completo perfilados ni en su aspecto humano ni en el balance de su gestión como

gobernantes. Cada uno de ellos, en otras latitudes, merecería una libro más extenso —una biografía— y no sólo con testimonios orales sino también documentales. Por más que éste sea un libro recomendable, editores y lectores tendrían que elevar el nivel de exigencia acerca de quienes han jugado un papel tan importante sobre los destinos colectivos.

Si resulta muy positivo que los periodistas ofrezcan la oportunidad de conocer a los principales protagonistas de la vida política, parece también necesario que historiadores, politólogos y sociólogos nos den una explicación acerca de ETA. Aunque sobre el particular ha habido ya libros importantes, el más reciente es el de *Antonio Elorza, José María Garmendia, Gurutz Jáuregui, Francisco Domínguez “La historia de ETA”, Madrid, Temas de Hoy, 2000.*

Muy a menudo da la sensación que ni siquiera los analistas políticos, por desgracia obligados a enfrentarse con los periódicos coletazos del terrorismo, parecen ser capaces de ofrecer juicios inteligentes acerca de ETA. Pero, como todo, la banda terrorista también puede ser estudiada. Bien se demuestra en este libro producto de la convocatoria realizada por una editorial de alta divulgación a un grupo de profesores que han publicado previamente obras interesantes sobre esta

cuestión. De este modo se reproduce en este caso el modelo ya acuñado por el libro, editado por Santos Juliá, "Víctimas de la guerra civil".

Se inicia con una breve síntesis interpretativa de Elorza que insiste en el aislamiento del País Vasco y la sucesión de traumas de cambio que se han venido sucediendo desde el comienzo de la contemporaneidad, uno de los cuales ha producido el terrorismo. Viene a continuación un trabajo de José María Garmendia acerca de la etapa franquista cuyos límites con el siguiente no están lo bastante precisados. Quizá el más agudo en el análisis es el de Gurutz Jáuregui, también sobre el franquismo, en que resume un libro anterior pero introduce también reflexiones nuevas. De la lectura de sus páginas se deduce que ETA es, a la vez, una derivación del pensamiento de Arana que, obsesionado por la supuesta agonía de la cultura vasca, consideró que Euskalherria vivía una ocupación española y por el hecho real de que el franquismo la llevó a cabo. La ruptura con el nacionalismo heredado fue en un principio tan sólo estratégica, más que de principio, pero a mediados de los sesenta se introdujeron novedades ideológicas, existió una considerable difusión de la cultura nacionalista y, en fin, la represión franquista produjo una integración en la banda de muchos jóvenes que han desempeñado su dirección hasta el comienzo de los

noventa. Por lo demás, la historia de la banda se puede resumir en una serie de escisiones que en un principio parecen siempre poder conducir a la desembocadura en acción política, pero al final predominan los activistas violentos. Finalmente, la cuarta parte es quizá la más interesante desde el punto de vista informativo, pues proporciona una documentada narración del enfrentamiento de ETA con la democracia. La lectura de estas páginas ratifica que, por más que la organización terrorista haya utilizado procedimientos

particularmente salvajes luego, el peor momento de su actividad está ya lejos, pues se produjeron en 1979-1980. Frente a lo que suele afirmarse, lo cierto es que ETA, sin necesidad de recurrir al modo de represión franquista o a los GAL, ha estado en más de una ocasión a punto de perecer. Su único éxito ha sido sobrevivir porque no ha proporcionado, aparte de muertes, otra cosa que desgarramiento en el País Vasco.

El mundo de ETA en su origen no era tan fácil de distinguir del nacionalismo tradicional, lo que

explica que siempre haya tratado de seducirlo. También siempre ha mantenido la tesis de una negociación con el Estado español, pero en la práctica lo que ha pretendido es imponer su solución. Conversaciones con ETA siempre se han producido pero, con la excepción de las que llevaron a la desaparición de la rama político-militar a comienzos de los ochenta, nunca han prosperado. La razón esencial ha sido la propia confusión de los dirigentes de la banda. En el momento presente lo que resulta objetivamente más grave no es que el nacionalismo dé la sensación de permanecer entregado, sino que los dirigentes terroristas y quienes se dedican a la violencia callejera han creado un modo de vida que no parece fácil de erradicar ni de integrar. “Tal vez haya sido necesaria” la etapa de la tregua, asegura Unzueta en un brillante epílogo, pero estamos ya en otra etapa en que no parece que existan esperanzas inmediatas de pacificación a pesar de que ETA haya perdido la batalla desde hace ya tiempo. Conviene que todos, los vascos y quienes no lo son, los políticos y los comentaristas de prensa, tengan bien presente este libro.

Arte

Puede ser bueno concluir esta enumeración con un buen libro sobre un excelente pintor. Este es el caso de *Isabel Coll*, “*Ramón Casas, una vida*

dedicada a l’art. Cataleg raonat de l’obra pictòrica”, Barcelona, *El Centaure Groc*, 1999, un estudio que puede pasar desapercibido para el gran público cuando se trata de una aportación decisiva a una parcela de nuestro arte contemporáneo.

Aunque parezca increíble, la Historia del arte español en los siglos XIX y XX sigue teniendo lagunas importantes que sólo con el transcurso del tiempo van desapareciendo. Esta afirmación de carácter general resulta más sorprendente todavía que sea también de aplicación al arte catalán del mismo período. La razón es muy sencilla: así como muchos artistas españoles de ese período fueron olvidados con el transcurso del tiempo y ha sido necesario redescubrirlos, no ha sucedido así en el caso de las grandes figuras del arte catalán que han mantenido un prestigio consolidado sin mayores dificultades. Afortunadamente, las excelentes exposiciones que ha ido organizando el Museo Nacional d’Art de Catalunya han ido permitiendo conocer mucho mejor a figuras como Rusiñol y Nonell, por ejemplo. También la labor monográfica de eruditos como el P. Laplana ha proporcionado una nueva luz sobre la obra y trayectoria del primero de los autores citados. Pero, aunque existen aproximaciones inteligentes y ha habido algunas exposiciones monográficas de indudable interés, nos falta, por ejemplo, un buen libro reciente sobre

Joaquín Mir. La bibliografía de Historia del Arte abunda en tomos profusamente ilustrados cuyo contenido está muy por debajo de sus reproducciones (y de su precio).

Algo parecido a lo sucedido con Mir acontecía con Ramón Casas hasta la reciente aparición del libro de Isabel Coll. Esta brillante profesora conoce muy bien la época —ha escrito también un buen libro sobre Rusiñol— y ha tenido la paciencia de reconstruir la vida y la trayectoria del pintor de quien hasta ahora apenas teníamos algunos estudios muy insuficientes. Lo

ha hecho con el recurso a su correspondencia privada, a las noticias de la prensa y a una admirable tarea de catalogación que, aunque hubiera sido deseable que estuviera dotada de mejores reproducciones, señala todo un hito en el conocimiento y disfrute de la obra del pintor.

Casas siempre tendrá al lado de Rusiñol el inconveniente de carecer de la vertiente literaria que tuvo el segundo, así como de su capacidad de actuar como promotor cultural o de rodearse de toda una leyenda en torno a su persona. Sin embargo el conocimiento detallado de su obra y de su vida tienen el atractivo de demostrar no sólo que como pintor estaba más dotado, sino que los registros a los que se dedicó fueron bastante más numerosos de lo que se suele pensar y en ellos, por más que la influencia de la pintura francesa de la época fuera muy grande, demostró mucha originalidad y una vocación inagotable. Casas no fue únicamente el autor de una excelente galería de retratos de españoles y catalanes en el cambio de siglo, de esos cuadros de la intimidad hogareña o esos prosaicos paisajes urbanos que dan cuenta de la realidad inmediata, sino también un excelente estudioso del desnudo femenino, un renovador de la decoración en espacios, como el Círculo del Liceo, y el primer pintor español que consideró sus dibujos como obras acabadas y completas, no bosquejos. El libro de Coll tiene el mérito de

descubrirlo y, por ello, presta una gran ayuda a los amantes del arte.